

# LA PALABRA DE CADA DIA: EXPERIENCIA COTIDIANA DE DIOS

Carlo María Martini

Todo cuanto hemos dicho hasta aquí es el camino del hombre hacia Dios y de Dios hacia el hombre, se sintetiza y condensa -asumiendo un ritmo cotidiano- en la escucha de la Palabra de Dios.

Volviendo a la imagen emblemática del pueblo de Dios a través del desierto, podemos decir que la Palabra es el maná del buscador de Dios. En su alforja de viandante no hay nada más que este pan del camino que la providencia del Padre le ha dado como “ración diaria” (Ex 16, 4), según sus necesidades cotidianas. Cada día, esta Palabra nos nutre: nos desvela a Dios y su voluntad, nuestra vocación y nuestra identidad, a través de una revelación progresiva y ligada a la vida. Es esta una delicadeza divina expresión de la voluntad del Padre de revelarse y de su deseo de encontrarnos, teniendo en cuenta nuestra limitada capacidad de comprender. A través de su Palabra, Dios hace cada día experiencia de nosotros y, al mismo tiempo, nosotros hacemos experiencia de Dios. El Padre nos prueba y nos seduce, y nosotros descubrimos aspectos siempre nuevos de su paternidad y de su proyecto sobre nosotros.

Por eso es importante y necesario que el creyente abra su jornada con la lectura de la Palabra (“Antes de que salga el sol ya te suplico, espero en tu palabra” Sal 118, 147); y por eso debe ser, preferiblemente, la Palabra que la comunidad de creyentes lee en común en la *liturgia del día*: ella es el alimento cotidiano dado a todos según la necesidad de cada uno.

Cuando la Palabra es leída, escuchada, meditada, contemplada con esta certeza, ella vive en nosotros y nosotros en ella, nuestra vida se transforma en revelación siempre nueva de Dios y nuestra jornada como en un seno virginal que engendra y hace viva la Palabra.

¿De qué forma?

## ***1. Conservar la Palabra***

La actitud de María respecto a la Palabra puede considerarse ejemplar. Ella es en verdad virgen también en la escucha: en ella, la virginidad no es simplemente un aspecto particular de su vida, como una contingencia eventual, sino condición existencial, actitud del corazón, de la mente, de la voluntad. Un modo de estar ante Dios y ante los acontecimientos de la vida. Lo hemos dicho brevemente arriba: María, en ciertos momentos de su vida como madre del Salvador, cuando la Palabra-acontecimiento es particularmente misteriosa y humanamente indescifrable, “conserva en su corazón” cuanto no entiende (Cf. Lc 2,19.51). Reconoce no poder comprender, admite y sufre la desorientación («Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? ... »), pero no rechaza lo que es más grande que su mente y que sus categorías interpretativas, lo acoge también en su corazón, lo hace sitio en su vida, lo hace memoria. No violenta la Palabra, ni siquiera con la pretensión de comprenderla; por esto la Palabra puede habitar en ella. Vendrá el momento en que resplandecerá con toda su claridad de significado.

*Esto es la escucha virginal: escucha humilde y sencilla*, de quien sabe que la Palabra está siempre más allá de sus raciocinios y, sin embargo, reconoce que sin ella no sabría quién es ni cuál es

su misión; y la escucha cada mañana con atención y gratitud, como si fuese la primera vez que la lee. Sabe perfectamente que la Palabra revelará plenamente su sentido en otro ámbito, el de la vida concreta; por tanto, en su oración de la mañana no pretende comprenderlo todo, ni juega a hacer interpretaciones ni se engaña creyendo contemplar. La suya es más bien la actitud sorprendida y reverente de quien se sabe ante el misterio, un misterio que se desvelará en su vida y que ahora está como velado en una Palabra, en un versículo, en un acontecimiento de la Escritura. Quizá no comprende bien por qué, pero intuye que aquella Palabra es absolutamente significativa para él en ese momento de su vida: es provocación y nueva experiencia de Dios.

Y entonces la lee y relee, la “rumia” en su mente pidiendo a Dios darle luz, y se la lleva como un tesoro conservándola en, su corazón.

Su meditación sólo ha comenzado; continuará durante toda la jornada...

## ***2. Permanecer en la Palabra***

En el Evangelio de Juan, Jesús nos invita repetidamente a «permanecer» en él y en su amor, como el sarmiento permanece en la vid, para dar frutos para la gloria del Padre (cfr. Jn 15).

En la experiencia cotidiana de Dios, este permanecer tiene un sentido preciso: no es simplemente estar unidos a Dios y ofrecerle las propias acciones, *sino quedarnos en su Palabra y hacer que su Palabra habite en nosotros*. Se trata, por tanto, de permanecer, pero es todo lo contrario que una actitud pasiva o un quedarse cómo y donde ya se está. Al contrario, quiere decir salir de sí, impedir que nuestras acciones sean sólo expresiones de nosotros mismos y quizá de ese submundo oscuro de motivaciones misteriosas o ambiguas, y hacer, por el contrario, que *cada uno de nuestros pensamientos y afectos, de nuestros gestos y proyectos estén radicados y encuentren inspiración en la Palabra que conservamos en el corazón*. Hasta el punto de que todo lo que hagamos y pensemos, por lo que nos afanamos y nos entregamos, tenga en la Palabra su inicio y su cumplimiento, esté animado y sostenido, enriquecido y vitalizado, pero también corregido y purificado por la Palabra que nos salva, nos escruta y nos conoce.

Es como un continuo volver, en el confuso y a veces dramático fluir de los acontecimientos de cada día, a la casa paterna, a la fuente que nos ha engendrado, a las raíces de nosotros mismos; y no para buscar un oasis tranquilo que nos ponga fuera de la refriega, sino para afrontar la realidad y sus contradicciones a la luz y con la fuerza de la Palabra. Es un dejar que la misma Palabra venga provocada y solicitada por los acontecimientos a dar una respuesta, a indicar un camino, a ofrecer una indicación, para que la historia del hombre conduzca cada día a Dios.

Una vez más la vida se unifica, pero esta vez en torno a un núcleo vital distinto cada día y sin embargo homogéneo, siempre nuevo pero también «cortado a medida», de forma a veces extraordinaria, para las necesidades cotidianas.

Y no sólo se unifica nuestra vida y se simplifica a sí misma, ¡sino que se hace una -de alguna forma- con la de Dios! Cuando permanecemos en la Palabra, la Palabra misma habita en nosotros y nuestro actuar recibe energía de la Palabra de vida: es la misma savia la que circula en la vid y en los sarmientos.

Pero es el sarmiento el que da fruto. Ese fruto que es el conocimiento progresivo de la Palabra y la manifestación de su inagotable y cotidiana fecundidad.

### **3. Cumplimiento de la Palabra**

En este momento la Palabra se cumple. Se desvela se deja comprender, libera la riqueza de su revelación iluminando el corazón y la mente del creyente.

Encontramos de nuevo en María la actitud paradigmática: en ella la experiencia de Dios es continua, desde el día en que “se cumplieron para ella los días del parto”, hasta el día en que se cumplió, también a través de ella, el misterio de la redención. Ella conserva en su corazón la Palabra y permanece en ella –y frente a su misterio- hasta el punto de engendrarla, dándole vida y semblanza en su misma existencia. En ella la Palabra se hace vida. Y no sólo en el momento de la encarnación, Ella misma la puede ahora comprender.

En la medida limitada de nuestra historia estamos llamados a este mismo engendramiento virginal. La Palabra debe «cumplirse» en nuestra vida, hacerse manifiesta y legible por todos, en cierto modo debe identificarse con nuestra existencia. *Comprendemos la Palabra en el momento en que la Palabra “comprende” nuestra vida, la abraza en su totalidad, se extiende hasta sus confines convirtiéndola en teofanía, revelación y experiencia divina.* En efecto, tenemos experiencia de Dios cuando su Palabra encuentra nuestra vida y la cambia, se cumple y se genera en ella. Entonces esa Palabra se hace verdadera para nosotros, pero también nuestra vida se hace auténtica gracias a ella, se transforma en lo que está llamada a ser, ámbito de una revelación única y original de Dios, seno virginal que alumbró una Palabra siempre nueva sobre Dios.

Es el momento de la contemplación: oración que sólo puede ser hecha por la tarde, cuando la jornada, que está para acabarse, muestra en su desarrollo un misterio que se desvela y una Palabra que se cumple. Es sólo al término de la jornada cuando esa Palabra misteriosa que ha abierto la misma jornada puede hacerse clara y comprensible, porque sólo el acontecimiento concreto puede dar vida y contornos precisos a la Palabra.

Es la encarnación de la Palabra: misterio que se cumple una infinidad de veces en lo secreto y en lo pequeño de nuestra, a menudo sin que nos demos, mientras buscamos quién sabe dónde a Dios y las puertas de su amor y de su existencia. Cuando, por el contrario, nos darnos cuenta, nuestra alma, como María, “glorifica al Señor... porque ha hecho en mí obras grandes el Poderoso” (Lc 1,49). Como Simeón, podemos entonces «cerrar» nuestra jornada: «Ahora. Señor, según tu promesa, puedes dejar que tu siervo vaya en paz. Mis ojos han visto a tu Salvador... » (Lc 2,99).

Hoy se ha cumplido para nosotros la Escritura que hemos oído con nuestros oídos, conservado en el corazón, encarnado en la vida (cfr. Lc 4,21).

### **CONCLUSIÓN**

En el amor a Dios y a los hermanos han encontrado cumplimiento la ley y los profetas (cfr. Mt 22. 40), es decir, toda la historia de la salvación, todo el camino de Israel a la búsqueda de su liberación y de su Dios.

En estos dos mandamientos encontrará también plena realización nuestra vida, también ella historia de salvación, parábola del que se busca a sí mismo y su camino, y también el nombre y el rostro de Dios.

El hombre que busca con pasión y en la verdad, a un cierto punto descubre que los dos caminos se cruzan: el yo y Dios, la criatura y el Creador están en el mismo camino. Y entonces se entrega aún con mayor energía a la aventura de la búsqueda. Hasta que, en un determinado momento descubre que no está solo buscando y caminando: con él están muchos otros con el mismo anhelo en el corazón... Y el camino se hace más expedito: juntos se avanza mejor, nos sentimos hermanos porque cada uno se reconoce en el otro, y nos ayudamos porque la meta es la misma.

Así, con este anhelo común y también totalmente personal, el hombre camina... cada día trata de dar algún paso, a veces tiene la impresión de no avanzar, siente también que el camino es duro, encuentra obstáculos, descubre sus ídolos, cambia su estilo de vida, sufre la duda y la impotencia, acepta la prueba y la violencia de un Dios que “hiere, pero vendar la herida” (Job 5,18), y lentamente, pero con infinita pasión, en un determinado momento comienza a revelarse como Padre, Señor, Dios de su vida...

No es nunca descubrimiento de un día, es historia que supone un camino a fases alternas, pero cuando comienza a hacerse la luz, entonces el hombre se da cuenta de que no ha estado nunca solo en esta búsqueda, ni ha contado sólo con la compañía de los hermanos: una presencia invisible y fiel lo ha conducido siempre indicándole el camino y manteniendo vivo ese anhelo en el corazón. Entonces sus ojos eran incapaces de reconocer tal presencia (cfr. Lc 24,16), ahora lo ve todo a su luz, El anhelo y la náusea, la oscuridad y el abandono, el deseo y la sorpresa, el valor para morir y el ansia de renacer... todo aquello que ha experimentado es memoria de esa presencia, es la experiencia que Dios ha hecho de él y que él ha hecho de Dios.

Pero ahora es también descubrimiento de su yo. La parábola de la vida le desvela a un tiempo el rostro de Dios y su propio nombre: si Dios es amor, también el hombre está llamado a serlo. Si Dios lo ha probado y seducido, él no podrá sino amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, amando, al mismo tiempo, a sus compañeros de aventura para que también ellos hagan el mismo descubrimiento.

Pero deberá continuar su viaje hacia otra prueba y otra seducción.

Hasta el día del encuentro definitivo.